

NOTICIAS SECRETAS Y



PUBLICAS DE AMERICA

Edición de
Emir Rodríguez Monegal

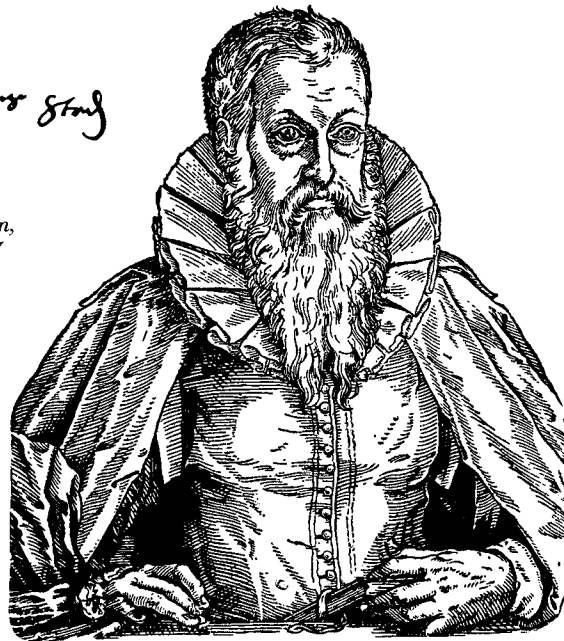


17. Hans Staden: *Viviendo con los caníbales*

Una confirmación inesperada del relato de Léry sobre los antropófagos brasileños había sido ya publicada en Marburgo, en 1557, aunque el misionero francés sólo tomó conocimiento del libro después de publicado el suyo. La mayor diferencia entre el testimonio francés y el germánico no es sólo de estilo; es también de circunstancia. En tanto que Léry siempre vio a los indios desde la seguridad del europeo que los ha sometido,

Hans Staden

Retrato de
Hans von Staden,
Marburgo, 1557



Hans Staden cayó prisionero y sólo sobrevivió al cautiverio y previsible muerte por intervención divina. O, por lo menos, eso es lo que dice en su crónica de la más singular aventura que ocurriera a un europeo en el Nuevo Mundo.

Staden vino como artillero en la expedición de Juan de Salazar, que se destinaba al Plata y que naufraga en

las costas de lo que hoy es Brasil. Ya Staden había estado en América en 1547-48, pero es este segundo viaje, en 1550, el que marcaría para siempre su destino. En una de las tantas escaramuzas con los indios cerca del fortín de Bertioga, donde ejercía su función de arcabucero para los conquistadores portugueses, Staden cae en manos de los antropófagos. Nueve meses tarda en llegar la salvación, y sólo llega porque él (como Alvar Núñez, selección 6) había conseguido impresionar a los indios con su capacidad de profetizar eventos. Pero su asociación con los portugueses y su fracaso inicial de probar que era francés, aunque no entendía una palabra de esta lengua, casi le convierten en pasto de los indígenas. Su narración es directa y hasta pobre, pero está enriquecida, aquí y allá, por rasgos de involuntario humor negro, como cuando es obligado a entrar en Ubatuba (hoy balneario elegante) al grito de: «Estoy llegando yo, vuestra comida», o cuando los indios exclaman al verlo: «Ahí viene saltando nuestro manjar».

De regreso a su patria, Staden cuenta su narración a Felipe I, *landgrave* de Hesse. En 1556, data el prefacio de su libro que aparece al año siguiente, por carnaval. El momento es simbólico porque su narración había de ser tomada por Oswald de Andrade (junto a la de Léry) para una carnavalización del apetito asimilativo de la cultura brasileña, base de esa antropofagia que el poeta proclama escandalosamente en 1928. De Staden, nada más se sabe. Desaparece de la historia como había entrado, hacia 1550: silencioso, discreto. Pero queda su libro.

Teníá conmigo un salvaje de una tribu denominada carios, que era mi esclavo. Él cazaba para mí y a veces iba con él al bosque. Pero ocurrió que vino a visitarme a la isla de San Amaro un español de la isla de San Vicente, que queda a unas cinco millas, y un alemán de nombre Heliodoro Hesus, hijo de Eobano, ya fallecido. Éste moraba en la isla de San Vicente, en un ingenio en el que se fabricaba azúcar. El ingenio pertenecía a un genovés que se llamaba Josepe Ornio, y el Heliodoro era cajero y gerente del negociante dueño del ingenio (los ingenios son casas donde se fabrica azúcar). Yo ya conocía a este Heliodoro, porque, cuando naufragué con los españoles, él estaba con la gente que encontramos en San Vicente y, desde entonces, fue mi amigo. Vino entonces para verme, porque había sabido tal vez que yo estaba enfermo.

El día anterior yo había mandado a mi esclavo al bosque a buscar caza, y quería ir a por ella al día siguiente para tener alguna cosa que comer, pues en aquel país no hay mucho más de lo que se encuentra en el bosque.

Cuando iba por el bosque, oí a los dos lados del camino un gran griterío, como acostumbran a hacer los salvajes, y avanzaron hacia mí. Entonces vi que me habían cercado y apuntaban las flechas sobre mí y disparaban. Exclamé: ¡Válgame Dios! Apenas había pronunciado dichas palabras cuando me tiraron por tierra, se arrojaron sobre mí y me picaron con las lanzas. Pero no me hirieron (gracias a Dios) más que en una pierna, desnudándome completamente. Uno me quitó la gorguera, otro el sombrero, el tercero la camisa, etc., y empezaban a disputarse mi posesión, diciendo uno que había sido el primero en llegar a mí, y el otro que me había hecho prisionero. Mientras tanto, los otros me pegaban con los arcos. Finalmente, dos de ellos me levantaron, desnudo como estaba, tomándome uno de un brazo y otro del otro, con muchos detrás de mí y así me llevaron corriendo por el bosque hasta el mar, donde tenían sus canoas. Una vez en el mar, a la distancia de un tiro de piedra, vi una o dos canoas suyas que habían llevado a tierra y con una porción de ellos alrededor. Cuando me vieron traído por los otros, fueron a nuestro encuentro, adornados con plumas como era su costumbre, mordiéndose los brazos, haciéndome comprender que me querían devorar. Delante de mí iba un rey con un palo que sirve para matar a los prisioneros. Pronunció un discurso y contó como me habían capturado y hecho su esclavo o *perot* (así los llaman a los portugueses), queriendo vengar en mí la muerte de sus amigos. Y cuando me llevaban hasta las canoas, algunos me dieron de bofetadas. Entonces se apresuraron a llevar las canoas hasta el agua, por miedo a que en Brikioca ya estuvieran alarmados, como así ocurría.

Pero antes de llevar las canoas hasta el agua, me ataron las manos, y como no eran todos del mismo lugar, las aldeas estaban descontentas por volver con las manos vacías y se peleaban con los que me tenían. Unos decían que habían estado tan cerca de mí como los otros, y también querían tener su parte de mí, proponiendo que me mataran inmediatamente.

De cómo fui hecho prisionero por los salvajes y como aconteció eso

De cómo querían volver y cómo los míos llegaron para reclamarme, y cómo se volvieron contra ellos y combatieron

Yo rezaba y esperaba el golpe, pero el rey, que me quería tener, dijo que deseaba llevarme vivo hasta su casa, para que las mujeres me viesen y se divirtiesen a mi costa, después de lo cual me matarían y *kawewi pepicke*, esto es, querían fabricar su bebida, reunirse para una fiesta y devorarme conjuntamente. Así me dejaron y me amarraron cuatro cuerdas en el pescuezo, obligándome a montar en una canoa mientras estaban todavía en tierra. Amarraron las puntas de las cuerdas a la canoa y la arrastraron hacia el agua para volver a casa.

Al pie de la isla en que fui hecho prisionero, hay otra isla pequeña donde anidan unos pájaros marítimos llamados *Uwara*, que tienen plumas rojas. Los indios me preguntaron si sus enemigos Tuppin Ikins habían estado allí ese año para cazar los pájaros y sus crías. Les dije que sí, pero ellos querían ver, pues valoraban mucho las plumas de aquellos pájaros, porque todos sus adornos son generalmente de plumas. La particularidad de este pájaro consiste en que sus primeras plumas son parduscas, quedando negras cuando comienza a volar y volviéndose después encarnadas como tinta roja. Entonces fueron hacia la isla pensando encontrar allí los pájaros. Cuando llegaron a cerca de diez tiros de fusil del lugar donde habían dejado las canoas, se volvieron y vieron a un grupo de Tuppin Ikins y a algunos portugueses entre ellos, porque un esclavo que me había acompañado, cuando me cogieron, escapó y dio la alarma cuando me prendieron. Pensaban venir a liberarme y gritaban para que los que me habían capturado viniesen a combatir si tenían valor. Entonces fueron con una canoa en dirección a los que estaban en tierra, y éstos tiraron con armas de fuego y con flechas, respondiéndoles los de la canoa; me desataron las manos, pero las cuerdas de mi pescuezo continuaban fuertemente atadas.

El rey, que estaba conmigo en la canoa, tenía un fusil y un poco de pólvora que le había dado un francés a cambio de palo-brasil. Me ordenó que disparase contra los que estaban en tierra.

Después de haber combatido poco tiempo, temían que los otros tuviesen más canoas para perseguirlos, por lo que huyeron. Tres de ellos habían sido heridos. Pasaron más o menos a tiro de falconete de Brickioka, donde yo acostumbraba estar, y cuando pasamos por delante, me obligaron a ponerme de pie para que me viesen mis compañeros. Del fuerte dispararon dos grandes tiros, pero no nos alcanzaron.

Mientras tanto, salieron algunas canoas de Brickioka para alcanzarnos, pero los salvajes huyeron rápidamente y mis amigos, al ver que nada podían hacer, se volvieron.

De lo que pasó en el viaje hasta su tierra

Como había más o menos siete millas de camino desde Brickioka hasta el lugar donde me capturaron, serían, según la posición del sol, cerca de las 4 de la tarde del mismo día.

Llegaron a una isla y llevaron las canoas a tierra, pretendiendo permanecer allí esa noche y sacarme de la canoa. Llegando a tierra nada podía distinguir, pues me habían herido en la cara, ni andar por la he-



*Indios tupinambás.
Ilustración en el libro
de Hans von Staden,
1557*

rida en la pierna; por eso me quedé echado sobre la arena. Me cercaron con amenazas de devorarme.

En medio de esta gran tribulación, pensaba en lo que nunca había reflexionado en este valle de lágrimas en el que vivimos. Con los ojos bañados en llanto, comencé a cantar desde el fondo de mi corazón el salmo «A ti imploro mi Dios, en mi pesar», etc. Los salvajes decían entonces: «Ved cómo llora, oíd como se lamenta».

Pensaron entonces que no era prudente permanecer en la isla durante la noche, y se embarcaron de nuevo para ir a tierra firme donde había unas cabañas que antes habían levantado. Cuando llegamos era noche cerrada. Encendieron hogueras y me condujeron hasta allí. Tuve que dormir en una red, que en su lengua se llama *Inni* y es su cama, que amarran en dos palos encima del suelo, o cuando están en una arboleda, entre dos árboles. Las cuerdas que tenía en el pescuezo las amarraron por encima de un árbol y se acostaron en torno a mí conversando conmigo y llamándome Schere inbau ende, «Tú eres mi bicho amarrado».

Antes de rayar el día volvieron a partir, remaron durante todo el día, y cuando el sol desapareció en el horizonte, aún les faltaban dos millas para llegar al lugar donde querían descansar. Entonces se levanta-

tó una gran nube negra por detrás de nosotros, tan importante que los obligó a remar a toda prisa para alcanzar la tierra, por causa del viento y de las nubes.

Cuando vieron que no podían escapar, me dijeron: *Ne mungitta dee Tuppan do Quabe anamasu y an dee Imme Ranni me sisse*, que quiere decir: «Pide a tu Dios que la gran lluvia y el viento no nos hagan daño». Me callé, hice mi oración a Dios, como pidieron, y dije: «Oh tú, Dios Onnipotente, que tienes el poder en la tierra y en el cielo, tú que desde el comienzo auxiliaste a aquellos que imploran tu nombre y que los escuchaste, muestra tu clemencia a estos paganos para que yo sepa que aún estás conmigo y para que los salvajes, que no te conocen, puedan ver que tú, mi Dios, oíste mi oración».

Estaba echado en la canoa y atado, de manera que no podía ver el tiempo que hacía, pero ellos se volvían continuamente hacia atrás y comenzaban a decir: *O qua moa amanassu*, que quiere decir «la gran tempestad va quedando atrás». Me levanté entonces un poco, miré para atrás y vi que la gran nube se disipaba. Entonces di gracias a Dios.

Llegados a tierra, hicieron conmigo como antes; me ataron a un árbol y se echaron en torno a mí, diciéndome que ya estábamos cerca de su tierra, donde llegaríamos al día siguiente por la tarde, cosa que no me alegró mucho.

De cómo me
trataron de día,
cuando me llevaron
a sus casas

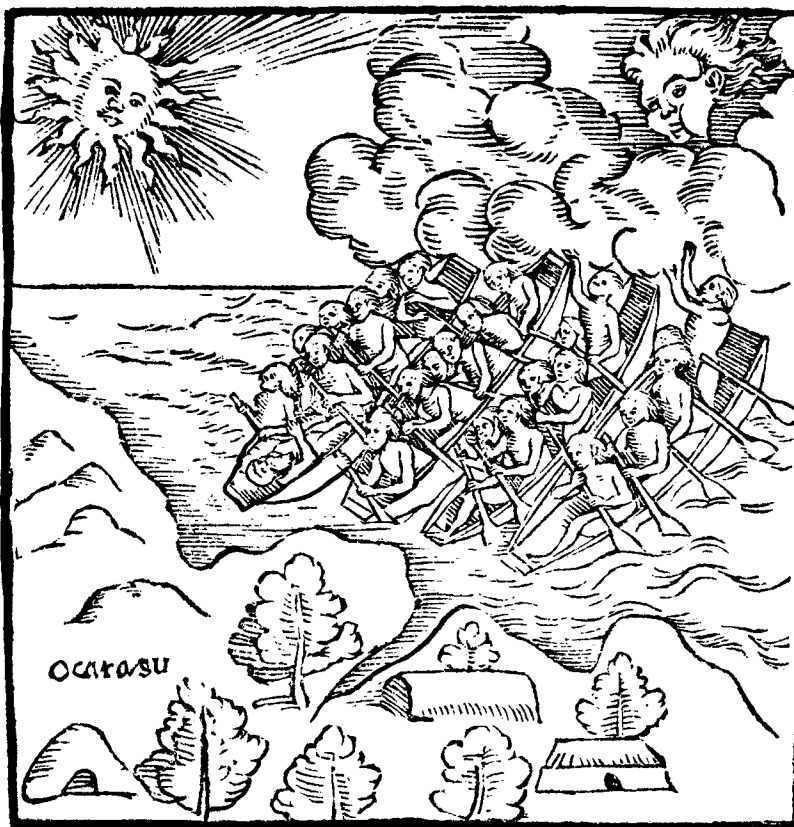
En el mismo día, cuando, a juzgar por el sol, debía ser al Ave-María, más o menos, llegamos a sus casas; hacía ya tres días que estábamos viajando, y hasta el lugar donde estábamos había treinta millas desde Brickioka, donde había sido hecho prisionero.

Cuando íbamos llegando cerca de sus casas, vi que era una aldea que tenía siete casas y se llamaba Uwaitibi. Llegamos a una playa que va orillando el mar y allí cerca estaban sus mujeres en una plantación de raíces que llaman mandioca. Había muchas mujeres que arrancaban las raíces, a las que me hicieron gritar en su lengua: *A Junesche been ermi vrame*, esto es: *Yo, vuestra comida, llegué*.

Llegados a tierra, todos corrieron desde sus casas (que estaban situadas en una colina), jóvenes y viejos, para verme. Los hombres iban con sus flechas y arcos para las casas y aconsejaron a sus mujeres que me llevasen entre ellas, yendo unas delante y otras detrás de mí. Cantaban y danzaban al unísono los cantos que acostumbran cuando están para devorar a alguien.

Así me llevaron hasta la *Ywara*, delante de sus casas, esto es, la fortificación hecha de gruesos y largos troncos, como un cerco alrededor de un jardín, cosa que sirve contra los enemigos. Cuando entré, las mujeres corrieron a mi encuentro y me dieron bofetadas, tirando de mi barba y diciendo en su lengua: *Sche innamme pepike ae*, que quiere decir «me vengo en ti del golpe que mató a mi amigo, muerto por aquellos entre los que tú estuviste».

Me condujeron después al interior de las casas, donde fui obligado a acostarme en un *inni*. Volvieron las mujeres y continuaron golpeándome y maltratándome con amenazas de devorarme.



*Hans von Staden,
prisionero de los indios,
implora en la tormenta
la ayuda de Dios*

Mientras tanto, los hombres permanecían juntos en una cabaña bebiendo lo que llaman *Kawi*. Tenían con ellos a sus dioses, que se llaman *Tammerka*, en cuya honra cantaban, por haber profetizado que me capturarían.

Estuve oyendo dicho canto durante una media hora sin que viniera un solo hombre; solamente estaban conmigo mujeres y niños.

Aún no conocía sus costumbres tan bien como después, y pensaba que ya se disponían a matarme. Después vinieron los dos que me capturaron, uno de nombre Ieppipo Wasu y su hermano Alkindar Miri, y me contaron que me habían entregado a un hermano de su padre, Ipperu Wasu, por amistad. Este debía guardarme y matarme cuando me quisieran devorar, ganándose así un nombre a mi costa.

Porque este mismo Ipperu Wasu había capturado un esclavo, hacía un año, y por amistad se lo regaló a Alkindar Miri, quien lo mató y así ganó un nombre. Alkindar Miri había prometido a Ipperu Wasu regalarle el primero que capturase. Ése era yo.

Los dos que me capturaron me dijeron además: «Ahora, las mujeres te llevarán para afuera, *Aprasse*». Entonces no comprendí esa palabra, que quiere decir danzar. Me arrastraron hasta la plaza tirando de las

De cómo mis dos amos vinieron a mí y me dijeron que me habían entregado a un amigo suyo que debía guardarme y matarme cuando me quisieran devorar

El prisionero Hans von Staden es objeto de burla y amenaza por los indios



cuerdas que aún tenía en el pescuezo. Vinieron todas las mujeres que había en estas siete cabañas y me llevaron, y los hombres se fueron en buena hora. Unas me cogieron de los brazos, otras de las cuerdas que tenía en el pescuezo, de manera que casi no podía respirar. Así me llevaron; yo no sabía qué querían hacer de mí y recordaba el sufrimiento de nuestro redentor Jesucristo cuando era maltratado inocentemente por los infames judíos. Por eso me consolé y me volví paciente. Me condujeron hasta la cabaña del rey, que se llamaba Uratinge Waso, que quiere decir en mi lengua «el gran pájaro blanco». Delante de la cabaña del rey había un montículo de tierra fresca, y allí me sentaron mientras algunas mujeres me retenían. Pensé entonces que querían matarme y buscaba con los ojos el Iwera Pemme, instrumento con que matan a la gente, y pregunté si ya me querían matar. No me respondieron, pero vino una mujer que tenía un pedazo de cristal en una cosa que parecía un palo arqueado, me cortó con ese cristal las pestañas de los ojos, pretendiendo cortarme también la barba. Pero esto no lo pude aguantar y dije que me matasen con barba y todo. Me respondieron que aún no me querían matar y que me dejaban la barba. Pero algunos días después me la cortaron con unas tijeras que les habían dado los franceses.

Después me condujeron del lugar donde me cortaron las pestañas hasta las cabañas, donde guardaban sus *Tammerka* o ídolos. Formaron un círculo alrededor de mí, quedando yo en el centro, con dos mujeres; me amarraron en una pierna unas cosas que chocaban entre sí, otra cosa en la nuca, hecha de plumas de pájaros, que sobrepasa la cabeza y que se llama en su lengua *Arasoya*. Después, las mujeres comenzaron a cantar y, conforme a un son dado, yo tenía que golpear el suelo con el pie en que estaban atadas las sonajas, para que sonaran acompañando al canto. La pierna herida me dolía tanto, que difícilmente podía aguantar de pie, pues la herida aún no estaba curada.

De cómo danzaron conmigo delante de las cabañas en las que guardan sus ídolos *Tammerka*

Acabada la danza, fui entregado al Ipperu Wasu. Allí estaba muy bien encerrado. Aún contaba con algo de tiempo para vivir. Trajeron todos los ídolos que había en las cabañas y los colocaron en torno a mí, diciendo que ellos habían asegurado la captura de un portugués. Yo dije entonces: estas cosas no tienen poder, no pueden hablar, y no es cierto que yo sea portugués. Soy amigo y pariente de los franceses, y la tierra de donde soy se llama Alemania. Me respondieron que eso debía de ser mentira, porque si yo fuese amigo de los franceses, nada tenía que hacer entre los portugueses; pues sabían que los franceses eran tan enemigos de los portugueses como ellos mismos. Los franceses venían todos los años con embarcaciones y les traían cuchillos, hachas, espejos, peines y tijeras; y ellos les daban a cambio palo-prasil, algodón y otras mercaderías, como adornos de plumas y pimienta. Por eso eran sus amigos; los portugueses nunca hicieron lo mismo. Habían venido hace muchos años a esta tierra, y en el lugar donde aún vivían habían hecho amistad con sus enemigos. Después, ellos se habían dirigido también a los portugueses para negociar y fueron de buena fe a sus navíos y entraron en los mismos, los atacaron, ataron y entregaron a sus enemigos, que los mataron y devoraron. Algunos habían sido también muertos a tiros y muchos sufrieron también otras crueldades. Decían que habían tratado así a los portugueses porque habían venido a indisponerlos contra sus enemigos.

De cómo después de la danza me entregaron al Ipperu Wasu, que debía matarme

Decían además que los portugueses habían herido en el brazo al padre de los dos hermanos que me habían capturado, por lo que falleció; esta muerte de su padre era la que querían vengar en mí. Yo repliqué que no debían vengarse en mí, porque yo no era portugués y había venido hacía poco con los castellanos; que yo había naufragado y que por eso me había quedado allí.

De cómo los que me capturaron estaban enfurecidos y se quejaban de que los portugueses mataron a tiros a su padre, cosa que querían vengar en mí

Entre los indios había un joven que había sido esclavo de los portugueses. Los salvajes que vivían con los portugueses habían ido a luchar contra los Tuppín-Inba y habían tomado una aldea entera. Los viejos fueron devorados y todos los jóvenes fueron cambiados a los portugueses por mercaderías. Este joven era uno de los que habían sido vendidos y se había quedado cerca de Brickioka con su señor, que se llamaba Antonius Agudin, un gallego.

Útiles de los indígenas: sonajero ceremonial, hamaca y tablillas de piedra para adornarse el rostro. Grabado de H. Weigel, 1577



A este mismo esclavo lo habían apresado unos tres meses antes de mi captura.

No lo mataron por ser de la misma raza que ellos. Me conocía. Le preguntaron quién era yo. Él respondió que era cierto que un navío había naufragado y que los hombres que había en el navío se llamaban castellanos y eran amigos de los portugueses. Con ellos estaba yo, y nada más sabía de mí.

Al oír ahora, como también antes, que había franceses entre ellos y que solían venir embarcados, insistí en lo que había dicho y continué: «Que era amigo y pariente de los franceses, que no me mataran hasta que vinieran los franceses y me reconocieran». Entonces me encerraron muy bien, pues allí había algunos franceses que habían desembarcado para cargar pimienta.

De cómo un francés que los navíos habían dejado entre los salvajes vino para verme y les aconsejó que me devorasen, porque yo era portugués

A cuatro millas de distancia del lugar de las cabañas donde yo estaba, vivía un francés. Cuando supo la noticia vino a una de las cabañas enfrente de la que yo habitaba. Los salvajes me llamaron. Está aquí un francés; ahora queremos ver si eres o no francés. Eso me alegró porque pensaba: «Él es cristiano y hablará para hacer el bien».

Me condujeron desnudo a su presencia. Era joven y los salvajes lo llamaban Karwattuware. Me habló en francés pero yo no podía entenderle bien. Los salvajes estaban presentes y escuchaban. Como yo no podía responder, les dijo a los salvajes en la lengua de ellos: «Mátenlo y devórenlo, el malvado es auténtico portugués, enemigo vuestro y mío». Comprendí perfectamente y le pedí por amor de Dios que les dijese que no me devorasen. Pero él me dijo: «Te quieren devorar». Me acordé entonces de Jeremías, cap. 17, donde dice: «Maldito sea el hombre que confía en los otros hombres». Y así salí de allí con gran pesar en el corazón. En los hombros tenía un trozo de paño de lino que me habían



*El prisionero
Hans von Staden
(a la derecha) presencia
un ritual de
canibalismo*

dato (¿dónde lo habrían adquirido?), lo tiré (el sol me había quemado mucho) y lo arrojé a los pies del francés, diciendo para mí: «Si tengo que morir, ¿a qué cuidar entonces para otros de mi carne?». Me condujeron otra vez a la cabaña, donde me encerraron. Me acosté en la red y Dios sabe cuán desgraciado me consideraba, y comencé a lamentarme cantando el salmo:

*Roguemos al espíritu santo,
Que nos dé la verdadera fe,
Que nos guarde hasta el fin,
Cuando salimos de esta triste vida.
¡Kirie eleison!*

Entonces dijeron: «Es un verdadero portugués, ahora se lamenta y tiene miedo de la muerte».

El referido francés permaneció dos días en las cabañas y al tercero se fue en buena hora. Entonces decidieron hacer los preparativos para matarme el primer día en que tuvieran arreglado todo. Me encerraron muy bien y me injuriaron tanto los jóvenes como los viejos.